ficiales y una charla desvergonzada que engañan a bobos". Y se ha desembarazado de generales de valer como L'Hériller y Brincourt, porque "prefiere a notorias incapacidades".

Justamente de estos dos generales no cesa Carlota de cantar alabanzas. "Los mexicanos quieren mucho a L'Hériller y esto es decirlo todo". El general Brincourt "tiene capacidades militares fuera de lo común". En cuanto al general Douay, estadista y administrador tanto como militar, "el emperador y él se electrizan mutuamente y parecen dos amigos, casi dos hermanos".

A esta ofensiva, Eugenia responde con un elogio del mariscal. "Nuestro mejor soldado", dice. Y "con qué espíritu recto, con qué firmeza juzga los acontecimientos..." Carlota comprende que es inútil, por el momento, esperar el alejamiento de Bazaine. Por tanto, es fuerza soportarlo. Tanto más cuanto que Maximiliano, sabiendo muy bien que no puede pasarse sin el concurso de los franceses, le pidió a París una revisión de las cláusulas del tratado de Miramar relativas al retiro de las tropas francesas. ¿Qué podría hacer sin ellas, él, cuyo ejército está todavía lejos de ser organizado? También propone diferir la reducción del efectivo del cuerpo expedicionario, dejándole a Francia la carga de pagar los hombres y las costas. El gobierno francés se rehúsa.

La hostilidad de Maximiliano contra Bazaine estalla a la luz del día cuando un cierto coronel Dupin vuelve a México después de una estancia en Francia. Este antiguo alumno de la Escuela Politécnica nombrado coronel en 1860, es un motivo de vergüenza para el ejército francés. Después de veintiocho años de servicio, fue puesto en no actividad en 1862 por "cesantía", lo que, en lenguaje militar, equivale a antecedentes penales. Llegado a México a título civil y con sus propios medios, le fue confiada la contraguerrilla, pero muy pronto se le arroja de ese puesto y regresa a París.

Ha conquistado merecida reputación de estupro y de sangre. "Veré con placer que saquean vuestros bienes y vuestras fortunas", dice en sus proclamas a las ciudades que resquisa. Y jamás da cuartel.

Bazaine, para ser exactamente informado sobre la contraguerrilla, le había confiado al teniente coronel De Briche una misión confidencial de investigación sobre el lugar mismo. Dupin rehusó todo contacto y Briche tuvo que informarse del exterior. Las tropas, escribe, están compuestas de franceses liberados, de luisianeses que se han enrolado para no morir de hambre, de desertores españoles y de algunos mexicanos. Re-

conoce que la contraguerrilla es "útil, muy útil, incluso necesaria". Pero los hombres deberían ser "moralizados, disciplinados", tarea si no imposible, a lo menos muy difícil a causa de las costumbres contraídas y de la dificultad del reclutamiento. "Desgraciadamente no se puede disimular: la guerrilla y la contraguerrilla tienen muchos puntos de contacto, constata.* Este mando, cualquiera que sea la conducta del jefe, tiene siempre algo de odioso. Debería estar en manos de un hombre extraño a Francia, o a lo menos que no pertenezca a los altos grados del ejército y por consecuencia deberá estar bajo la vigilancia inmediata de los diferentes jefes militares, sin quitarle, no obstante, una cierta libertad de acción".

El ejército había esperado no volver a ver a Dupin, a quien desprecia y execra. Por su parte, Maximiliano, también él exasperado por su regreso, arroja la culpa sobre Bazaine. Pero no se queda en ese punto. En el curso de una ceremonia oficial, el 15 de enero de 1866, ante todo el cuerpo diplomático, en alta voz, le expresa su irritación al ministro de Francia, señor Dano, en términos muy vivos. El mariscal no puede aceptar "ese reproche inmerecido" hecho en público, y protesta. "Esa decisión fue tomada, dijo, por el ministro francés de la Guerra y pertenece al dominio de la disciplina del ejército francés. Las expresiones empleadas por el emperador son de tal naturaleza, que llevan a menoscabar la consideración que le es debida, y serán trasmitidas a quien en derecho corresponda". El gobierno francés aprueba esta actitud.

Maximiliano se queja de Bazaine, pero Bazaine se queja también de Maximiliano. Muchos informes le enseñan "la ingratitud del gobierno mexicano hacia Francia" que empieza a manifestarse claramente. "Si no se quiere todavía pronunciar la palabra *deslealtad,* es preciso reconocer que por una política desdichada estamos reducidos a un papel casi ridículo, el de consejeros inútiles". Bazaine ha podido comprobar las faltas, incluso las traiciones de la administración. Ha hecho poner ante los ojos del emperador las notas respecto de este asunto. En respuesta, una frase en el margen, siempre la misma: "Su Majestad se da por enterado de ello". Sin más.

* Será curioso comparar este texto con un telegrama de Juárez a Porfirio Díaz (2-3-1863): "...Del lado de Arroyo y de Tepejí, los guerrilleros... cometen excesos escandalosos y cometen demasiadas extorsiones en las aldeas. Estos malhechores nos desacreditan cada día y es preciso exterminarlos. Dad las órdenes conducentes, porque esas personas no deberán hacernos perder las simpatías de las poblaciones".

*
* *

El 30 de septiembre de 1865, Maximiliano recibe una noticia que ciertamente le hace augurar acerca del porvenir: don Benito Juárez abandonó el territorio mexicano, pasó la frontera de los Estados Unidos con dos de sus ministros y el presidente de la Suprema Corte. Esta noticia es falsa. Juárez se encuentra en Paso del Norte,* aldea fronteriza, pero se cuida mucho de pasar a territorio norteamericano. Un poco más tarde, en noviembre, invitado a una recepción en su honor por los oficiales de Fort Bliss muy cercano, responderá: "He resuelto no salir jamás de territorio mexicano mientras esté ocupado por las tropas de invasión". Sin embargo, Maximiliano, engañado por la información, piensa que ya no hay obstáculos: ahora el régimen imperial puede ser reconocido por todos como único gobierno legítimo. Le dirige un manifiesto a la nación. En primer lugar, se le rinde homenaje "al valor y a la constancia de don Benito Juárez", homenaje conforme con la naturaleza caballeresca de Maximiliano, pero también habilidad política, según cree, capaz de atraerle las simpatías de los que defendían la causa juarista. Hoy, esa causa está perdida. El gobierno, largo tiempo indulgente, multiplicó los actos de clemencia. Obtuvo así la adhesión "de los hombres honorables que se han agrupado en torno de su bandera y han aceptado los principios justos y liberales que guían su acción". Ya el desorden es mantenido por "jefes extraviados cuyas pasiones nada tienen de patriótico y por una soldadesca desenfrenada, triste y último vestigio de las guerras civiles". De ahora en adelante, la lucha se lleva a cabo entre las personas honorables y los bandoleros. "Pasó el tiempo de la indulgencia: serviría ya al despotismo de las bandas, a los que incendian las aldeas, a los que roban y asesinan a pacíficos ciudadanos, viejos desdichados y mujeres sin defensa. El gobierno, fuerte con su poder, será en adelante inflexible en el castigo..."

El 3 de octubre apareció un decreto según el cual todo individuo tomado con las armas en la mano o convencido de pertenecer a una banda armada, sería conducido ante una corte marcial y fusilado, sin ninguna especie de apelación o de gracia posible, en veinticuatro horas. Los que fuesen presos combatiendo, serían juzgados en el acto por el jefe de la tropa y ejecutados. Al mismo tiempo se les concedía amnistía completa a los que se sometiesen antes del 1 de diciembre. Todo

* Hoy Ciudad Juárez.

el ministerio refrendó este texto que, en el clima mexicano no tiene nada de extraordinario.

¿De quién emana el decreto? "Su Majestad se ha decidido al fin, por mis consejos, a dar una prueba de firmeza que ha causado muy buen efecto entre los conservadores", escribe Bazaine. No se le contó, ni sobre la forma ni sobre los artículos. El día 2 de octubre fue llamado a palacio y Maximiliano le leyó el texto y luego le rogó que asegurara su ejecución. Se limita a hacer notar una laguna: no se ha establecido la responsabilidad del propietario que dé asilo a las bandas, lo que contribuye a mantener la guerra. En su informe del 13 de octubre se muestra muy satisfecho porque "en adelante será el gobierno mexicano el que tendrá la responsabilidad de las medidas de represión, esas medidas de las que durante largo tiempo se nos ha dejado el lado odioso".

Les dirige a los oficiales una circular confidencial concerniente a la aplicación del decreto. Sus instrucciones son severas. Y tanto más cuanto que ha llegado a su conocimiento el ataque al ferrocarril entre México y Veracruz. Una banda se apoderó de un teniente del cuerpo de ingenieros, de una guardia de artillería y de siete hombres desarmados, a quienes se encontró al día siguiente horriblemente mutilados. Ordena: nada de prisioneros, puesto que los bandidos están fuera de la ley. Ante las atrocidades cometidas, es preciso "que nuestros soldados sepan muy bien que no deben rendirse a semejantes adversarios. Es una guerra a muerte, es una guerra sin cuartel que se emprende entre la barbarie y la civilización. Por ambos lados, es preciso matar o dejarse matar".

Muy pronto, Maximiliano, siempre incapaz de atenerse a una decisión tomada, atenúa el rigor del decreto. El coronel imperialista Méndez, después de capturar a trescientos hombres y a dos generales, Arteaga y Salazar, hace fusilar a estos últimos en el mismo lugar donde, cuatro meses antes, ellos mismos hicieron fusilar a un subprefecto y a un viejo oficial. El asunto, explotado por los juaristas, tiene una cierta resonancia. Romero informa de ello a los Estados Unidos de Norteamérica. Se propaga la carta de adiós de Salazar a su madre: "No llores; el crimen de tu hijo es haber defendido la causa sagrada de la independencia de su patria..." El general norteamericano Clay Crawfort, que manda en Texas, protesta contra la violación de los usos de la guerra por las tropas del "presunto emperador". "Dejar asesinar a los soldados de una república hermana con la cual mantenemos relaciones diplomáticas, y esto, a la vista y al lado de un ejército de

los Estados Unidos, sería un mentís a todos los principios caros a los ciudadanos norteamericanos". Finalmente, doscientos belgas prisioneros de los juaristas, bien tratados, según dicen, le piden a Maximiliano en términos violentos que se castigue "el acto bárbaro de Méndez" y le dirigen una petición al parlamento belga: quieren volver a su patria, y no quieren servirle a un imperio en donde se permite llevar a cabo semejantes actos.

Asustado, Maximiliano decide que ya no se ejecutará ninguna sentencia dictada contra "personas honorables" sin pedirle su parecer. Ante los ojos de la opinión, se desautoriza a sí mismo, y el decreto es una medida torpe que se añade a tantas otras.

*
* *

Sin embargo, Carlota piensa con aprensión el momento "en que los franceses ya no estén allí". Este momento se aproxima rápidamente. Desde el 27 de noviembre de 1865 el general L'Hériller vuelve de Europa y da a entender lo que sucede allá. En Bruselas, el señor Rogier, ministro de Asuntos extranjeros, se mostró opuesto a un nuevo envío de soldados belgas. Puso "mil objeciones". Las Cámaras serían hostiles a esa medida. Por otra parte, ¿quién pagaría esos gastos? En París "encontró dondequiera la idea bien determinada de no aumentar el cuerpo expedicionario". Una pequeña satisfacción: los contingentes que remplazarán a los que ya hayan cumplido su tiempo, sobrepasarán la cifra de estos últimos en dos mil hombres aproximadamente. Y se negociará con el Virrey de Egipto un reclutamiento de mil soldados negros que serán muy útiles en tierras cálidas. El ministro de Guerra, Randon, considera "con terror" la ocupación prolongada de México por los franceses. "¿Cómo saldremos de ello y en qué culminarán todos los sacrificios en hombres y en dinero que durante largo tiempo continúe haciendo Francia?"

¿Y el emperador Napoleón? Interrogó al general durante más de media hora. "Debo por la verdad declararle a Vuestra Majestad que el emperador me ha parecido muy preocupado respecto de la duración de nuestra ocupación y de los enormes sacrificios que trae consigo". En él como en Randon, "la idea dominante es la pronta reorganización del ejército mexicano, ejército sin el cual la solidez del trono del emperador Maximiliano y en consecuencia la pacificación de México le parece gravemente comprometida".

El rey de los belgas y el emperador de los franceses están de acuerdo en este punto: es preciso "forzosamente" que el emperador Maximiliano despliegue un gran rigor en la represión del bandolerismo. Ha pasado el tiempo de la clemencia.

Es claro que Napoleón intenta sobre todo retirar sus soldados. Ya el 14 de septiembre se lo previno a Maximiliano, aconsejándole que organizara un ejército con elementos austriacos: "Hecho esto, podría retirarse la máxima parte de nuestras tropas, lo que privaría a los norteamericanos del pretexto de sus reclamaciones. Esto volvería la guerra de México menos impopular en Francia. Finalmente, esto le daría a su gobierno una apariencia de estabilidad que contribuiría a afirmar la confianza en el porvenir". Le explica a Bazaine en cuatro cartas, del 29 de noviembre de 1865 al 16 de febrero de 1866, que el mariscal deberá poner todo su cuidado en organizar el ejército mexicano. Es preciso que Maximiliano entienda que Francia no puede permanecer indefinidamente en México, donde él no hace nada por sanear la situación. "Que entienda bien que será mucho más fácil abandonar un gobierno que nada ha hecho para poder vivir, que sostenerlo a pesar de él mismo..." La legión extranjera será elevada a quince mil hombres, pagados por Francia, hasta la evacuación completa. Las aduanas serán entregadas a las autoridades francesas; los bienes no vendidos del clero le serán entregados; la lista civil será reducida. Además, Napoleón considera la creación de un sistema federativo. Todo este programa debe ser puesto en pie rápidamente en un año o dieciocho meses. El emperador de los franceses quisiera dejar tras él en México algo duradero, y a Maximiliano "todas las oportunidades de mantenerse con sus propias fuerzas y de la legión extranjera". Si éste "no tiene la energía requerida para permanecer después de la partida de nuestras tropas", será preciso convocar una junta que proceda en corto plazo a la elección de un presidente de la República.

El 15 de enero, Napoleón le escribe personalmente a Maximiliano. Debiendo enfrentarse a los problemas que le plantea la cuestión mexicana, debió fijar definitivamente un término a la ocupación francesa. Y este término debe estar "lo más cercano posible", habiéndole sido impuesta esta medida "por la fuerza de las cosas". Ordena que sea llevada esta carta por el barón Saillard, encargado de informarle al emperador de México que debe prepararse para defenderse a sí mismo.

Maximiliano se encuentra en Cuernavaca en el momento de la llegada del representante de Napoleón III. Saboreando las delicias de este "valle encantado", lleno de pájaros, de

flores, de perfumes, donde puede hundirse en "dulces ensueños", casi no se preocupa, según parece, de las amenazas y de las recomendaciones que le llegan del otro lado del Atlántico. Le escribe a uno de sus amigos húngaros que ha "escogido muy bien su parte" y que no querría "por nada del mundo" renunciar a su situación actual para volver a la de antaño. "Lucho contra dificultades y obstáculos, pero me gusta la lucha y la vida en México, bien vale la pena de luchar. En este continente se cosecha según el trabajo. Una cosa que, a lo menos, no he conocido en Europa: el reconocimiento..." ¿Inconsciencia, ceguera o deseo de engañarse? Y pinta de él mismo un retrato, en aquel mes de febrero de 1866, que sorprendería mucho a los que lo rodean. "Vuestro archiduque más fuerte y más robusto que antaño... trabajando diez y doce horas diarias, preside el consejo de ministros, el consejo de Estado, la organización del ejército, las sesiones del clero... galopando en un caballo fogoso... y mi querida mitad, fresca y alegre..." ¡Y esto mientras que se halla agotado por la disentería, mientras que Carlota es presa de negra melancolía!

El mensaje de Napoleón III lo sorprende desagradablemente, y el mensajero es muy mal recibido. Maximiliano le concede dos breves conversaciones e incluso no lo presenta a la emperatriz. Herido, le responde a Napoleón con cierta altivez donde se trasluce una ironía despectiva: "Vuestra majestad se cree forzado por repentina presión a no poder observar los solemnes tratados que firmó conmigo hace dos años y me da parte de ello con una franqueza que no puede sino honrarlo... Os propongo, pues, con cordialidad igual a la vuestra, retirar inmediatamente vuestras tropas del continente americano. Por mi parte, guiado por el honor, intentaré arreglármelas con mis compatriotas de una manera leal y digna de un Habsburgo, y pongo mi alma y mi vida al servicio de la independencia de mi nueva patria". Lo que se sobrentiende es claro; Maximiliano puede pasarse sin el apoyo francés y así quedará asegurada la independencia total de México.

Sin embargo, está menos tranquilo de lo que parece. Envió a su confidente Eloin para que llevara su respuesta, encargándolo también de darle a conocer al emperador sus quejas contra Bazaine. En el momento de su audiencia, Eloin comprueba que Napoleón, "visiblemente molesto", intenta excusar a Maximiliano y excusarse a sí mismo. "Se ve que está irritado, dice. No le guardo rencor. Comprendo el efecto que debió producirle la lectura de mi carta..." Pero, añade, si no se puede "hacer todo lo que se quisiera, puede uno entenderse". Se trata

por el momento de calmar a la opinión, a las Cámaras y a los Estados Unidos. Podrían tomarse ciertas medidas a propósito del ejército. Pero sobre todo critica los métodos gubernamentales de Maximiliano. Eloin quiere defender a su señor. ¿No es "racional" elaborar los decretos en su conjunto a fin de tener bases sólidas, antes de entrar en el camino de las realizaciones prácticas? ¿La cuestión financiera? Sí; se ha perdido tiempo con los predecesores del señor Langlais. ¿Pero de quién es la culpa? Y si el ejército todavía no está en pie, ¿quién es el culpable? Eloin, en suma, acusa a los franceses y a Bazaine. Napoleón no pronuncia una sola palabra. Frunce las cejas y despide al belga sin darle la mano.

Tampoco tendrá éxito Eloin en Bruselas donde el nuevo rey, Leopoldo II, rehúsa verlo, porque no quiere arriesgarse a desagradar a la opinión y a las Cámaras, resueltamente hostiles a la empresa mexicana.

Maximiliano, sin embargo, se obstina en no ver la realidad. Se imagina que le sirve mal su embajador en París, Hidalgo, que no tuvo razón de hablar francamente: "No es preciso hacerse ilusiones, Sire, los amigos y enemigos de Napoleón desean todos el retorno del ejército francés". Para remplazarlo envía al general Almonte "antiguo y fiel amigo, todo lo que hay de óptimo en México". En esta ocasión, Maximiliano no se engaña: Almonte es la lealtad personificada. ¿Pero qué podrá hacer contra la voluntad bien determinada de Napoleón III que tiene tras de él a los ministros y a la opinión unánimes. El comandante Loysel, antiguo jefe de gabinete de Maximiliano, irá él también a pedir hombres y dinero. Obtendrá algunas concesiones relativas a la legión extranjera.

La situación se agrava. El tesoro mexicano está vacío. Langlais murió antes de haber podido llevar a cabo su programa financiero. Y la cuenta abierta a México por Francia "está y permanece cerrada", declara Fould el 16 de febrero. El 15 de marzo, el gobierno francés envía una advertencia severa: no habrá adelantos si México no pone de nuevo todos los despachos de las aduanas en manos de los agentes franceses que pondrán en la caja el producto para el gobierno mexicano; si no envía al tesoro francés cincuenta millones de francos en títulos de los empréstitos mexicanos; si no rembolsa algunos gastos de transporte y de requisiciones independientes del mantenimiento de las tropas.

Pero la incuria del gobierno y la apatía del emperador dejan que se estanquen las cosas. El informe establecido por el sucesor de Langlais, señor de Maintenant, no ha sido incluso